

DON FELIX NAVARRO Y PEREZ

ARQUITECTO ARAGONES

Comienza esta biografía el día del centenario de su personaje. Nació Félix Navarro y Pérez en la ciudad de Tarazona, día 10 de septiembre de 1849.

Hubo de someterse a la ley de Moyano, promulgada cuando él aun era chico de la escuela. Fué bachiller por el Instituto de Zaragoza, con la nota de sobresaliente, 22 de junio de 1864; Arquitecto de la Escuela de Madrid diez años más tarde.

No un curso tras otro; publicado en todo el mundo el incendio de la ciudad de Boston, 1870, y el proyecto de su restauración urgente, Félix Navarro y Gerardo de la Puente, alumnos de Arquitectura en Madrid, y amigos íntimos, marcharon allí con sus certificados, lujosos de buenas notas en los cursos de su carrera que ya llevaban vencidos.

Ya en Boston, los dos se presentaron pidiendo trabajo al director de una Empresa constructora; exhibieron, ante todo, sus documentos escolares; aquel director dió a entender que no le interesaban, aunque hubiesen sido títulos de Arquitecto; entregó a los dos visitantes los datos necesarios para realizar un proyecto y los llevó a un gabinete en donde había cuanto precisaba para cumplir el encargo que recibían; lo cumplieron los dos a satisfacción del mandante, dieron a éste razón de lo dicho y, desde aquel instante, quedaron admitidos como técnicos de la Empresa.

Tuvieron allí mucho tajo en donde trabajar; Félix, otrosí, aprendió bien el inglés y muchas cosas útiles que allí eran usuales y en su propio País ni aun conocidas; pero aquella enorme avulsión de novedades y de inventos no le satisfizo; él quería ser un artista de la Primera Noble Arte; allí ejercían la construcción, muy poco la estética; y era ésta precisamente la vocación principal de Félix Navarro; volvió a Madrid; continuó sus cursos en la Escuela dos años después; durante otros dos, fué Profesor auxiliar; —auxiliar, lo que la palabra significa, no suplente de ausencias y vacantes—en la cátedra de Teoría del Arte de la Escuela de Arquitectura.

Mientras tanto, ya capaz de hablar y escribir en alemán, visitó Berlín, entró en relación científica y profesional con la Bau-Akademie, estableció correspondencia entre ésta y la Escuela de Arquitectura de Madrid, y eso causó para él la condecoración de la Corona de Prusia, 1877, y la de Carlos III, 1879.

Tenía entonces Zaragoza un solo teatro, adecuado principalmente para invierno; un grupo capitalista discurrió hacer otro estival, en un rectángulo amplísimo situado entre el Salón de Santa Engracia, una calle paralela a éste, la plaza de Santa Engracia y un extremo del paseo de la Mina.

Navarro les hizo un originalísimo proyecto; amplio, con muy mayor aforo del que los mandatarios calculaban; ligero, de gran ámbito, de excelentes condiciones acústicas, fresco, según debe serlo un teatro de verano, pero apto para funcionar en el invierno si convenía; un teatro a satisfacción de cómicos, de músicos, de espectadores y de quienes lo habían pagado. Estos, entusiasmados de Félix por su acierto profesional, le aceptaron el nombre que aquél propuso: Teatro de Pignatelli. Poco adecuado era para una sala de espectáculos el nombre de un presbítero y canónigo; pero Navarro veía en Pignatelli el hombre más útil para Aragón en su tiempo, y opinaba que aquel nombre era buen presagio para cualquier entidad que lo adoptase; veinte años

después, cuando Navarro necesitó quitar de la plaza de Aragón la estatua de Pignatelli, el primer monumento público que tuvo Zaragoza, para ubicar allí el del Justiciazgo, aconsejó, y así fué hecho, llevarlo a la vista del Canal Imperial, con la esperanza de que determinase la prosperidad de aquel barrio de Zaragoza, como había causado la urbanización selecta y los jardines de la plaza de Aragón; y «el canónigo testarudo que hizo doblar la rodilla al Ebro en el Bocal», como dijo Sancho y Gil en el Ateneo, 1892, ha seguido dando la razón a Félix Navarro; el parque al cual ahora sirve de centro es un primor de jardinería, de urbanización circundante y hasta se encuentra allí una de las mejores iglesias de la ciudad: San Antonio de los Italianos, adornada por una torre de 30 metros de altura, con subida de rampa.

Día 9 de junio de 1879 fué nombrado Félix Navarro arquitecto interino de la Diputación de Zaragoza; día 30 de diciembre siguiente le fué asignado en propiedad el mismo oficio; seis días antes había sido hecho Académico titular, medalla número 19 de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza; diez años más tarde fué hecho correspondiente en Zaragoza de la Real de San Fernando, de Madrid.

En 30 de diciembre de 1882 dió dictamen, con Fernando de Yarza y Ricardo Magdalena, acerca del estado del templo del Pilar, inseguro entonces, no obstante la reparación hecha en él diez años antes por el arquitecto leonés Atienza.

Año de 1891 obtuvo una patente de invención constructiva titulada «Carpintería del ladrillo»; formuló un proyecto de «Casa de mil pesetas», lo vulgarizó en una conferencia que dió en el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola de Zaragoza, en un opúsculo que repartió copiosamente después de haberlo publicado en los periódicos locales, y ofreciendo a la vista del público una de esas casas, en el camino de las Alcachofas, a dos hectómetros, por buen camino, del Paseo de Torrero. La casa no tuvo éxito; requería terreno en donde ubicarla, y eso era caro; pero la carpintería del ladrillo halló favorable acogida para muchas construcciones de aquellos años.

El entusiasmo de los fueristas de Aragón suscitó en 1887 un concurso de proyectos para un monumento al Justiciazgo en la plaza de Aragón. Fué premiado el que presentó Félix Navarro, acordada su construcción y encargada a su autor.

No fué objeción, menos aun censura, lo que yo le dije cuando él me hizo la merced de explicarme el proyecto.

—Don Félix, ese proyecto necesita que le cuelguen, al alcance de los transeúntes, la explicación minuciosa que usted me ha hecho y a la cual le quedo agradecido como a una gran lección de Historia, de Lógica y de Estética.

Porque él me había explicado detalles como los que siguen:

—La estatua no representa, como han dado en creer, a don Juan de Lanuza, sino al Justicia en abstracto; si don Juan de Lanuza no hubiese sido víctima de su Magistratura, ésta seguiría merecedora de la misma admiración y del mismo respeto por todas las generaciones.

—Esas grandes cadenas hincadas en tierra, en tierra aragonesa precisamente, indican la tiranía ejercida sobre el Derecho aragonés, la cual aun subsiste: la agravaron Felipe de Anjou y las Cortes de Cádiz.



—Las estrias del zócalo de la columna son tantas como Justicias hubo en Aragón.

—El globo final, que es el Universo, va ceñido por la leyenda *Justicia, ley suprema*, que Aragón proclama primer principio de la vida individual, familiar, política...

—Las losas del piso son rojas por la sangre de Lanuza y de sus compañeros inmolados entonces.

—La rama de laurel es el merecimiento de un pueblo que así ama la Verdad y la Justicia.

Si le objeté, con mucho respeto, tímidamente, el fuero de Sobrarbe, muy sospechoso de apócrifo. Contestó sin vacilar:

—Verdadero o apócrifo, su texto es admirable, digno de un gran pueblo; su autenticidad está en duda: *in dubiis libertas*; me pronuncio en su favor. Me «decido», quiero decir; repugno y detesto los «pronunciamientos»; de Prim que hayan sido.

Y fué inaugurado el monumento, día 20 de octubre de 1904; allí explicó el autor todo su simbolismo; en la plaza de Aragón subsiste desde entonces, y cada momento enseña al transeúnte la veneración que merecen las instituciones jurídicas de Aragón; y al pueblo aragonés la obligación de conservar siempre el espíritu de ellas; así, abrogadas que estén, vivirán siempre.

Me enseñó una de las principales normas de la Estética en estas palabras:

—El Arte es una Mnemotecnia.

Cuando hablaba a público menos letrado usaba el román paladino. La Junta del Centenario de los Sitios de 1808-9 le encomendó el proyecto y dirección de las obras de uno de los edificios mandados construir por la ley del día de San Sebastián de 1908; el llamado «de Escuelas», porque era para la de Artes y Oficios, la Industrial y la de Comercio. Félix, para dar trato cortés a Francia, ya que entonces festejábamos su vencimiento y la invitábamos a presenciar esas fiestas, encabezó el edificio con la torre Eiffel, símbolo popular de la cultura francesa; dió esa misma forma a las chimeneas del edificio, pero poniendo sobre cada una una Z, letra inicial y simbólica de Zaragoza, y escribió en los dinteles de las ventanas leyendas como éstas: «Gran cosa es el hierro», «¡Cuán poco sabemos!», «Ante todo, honradez».

Ha venido después otra fase de la misma eterna «Administración» que ha hecho desaparecer las torres Eiffel y todas aquellas paremias. Peor está que estaba. Zaragoza futura tenía derecho a aprender, en los monumentos de comienzo del siglo xx, aprobados oficialmente, cómo pensaba la Zaragoza que conmemoró los hechos de la Francesada. Ya no puede del todo; la han privado de un dato importante.

Ganó Félix Navarro muchos premios en concursos de proyectos de Arquitectura; con Gerardo de la Puente, una segunda medalla en la Exposición Nacional de BB. AA. de 1871; un diploma de mérito en la Exposición de Viena de 1873; un segundo premio para el concurso a la Necrópolis de Madrid, 1878; él solo, el primer premio en el con-

curso para un Hospital en Bilbao, 6 agosto 1880; para un monumento a las Grandezas de Avila, 12 julio 1822; llegó hasta la terna final en un concurso de 21 proyectos para la casa de la Diputación Foral de Vizcaya; tuvo el primer premio en el concurso para edificio del Manicomio baske-nabarro; colaboró en Madrid como auxiliar del arquitecto don Francisco Jareño en la Casa de Bibliotecas y Museos, Conterinaria y mejoras en el Museo del Prado.

En Huesca fué arquitecto de Instrucción pública.

En Zaragoza construyó, demás del ya dicho teatro de Pignatelli, el de Goya—y también le puso el nombre—, aunque luego perdió ser y título pasando a ser taller de «Sociedades Eléctricas Reunidas»; el de «Parisiana», también mandado cambiar en «Argensola»; en la Exposición Hispanofrancesa de Zaragoza, 1908, el pabellón francés, por encargo de la Embajada; el Nuevo Mercado; la sucursal del Banco de España; la Granja-Escuela de Agronomía; en frente, Villa Asunción, monumento de amor conyugal que el naviero basco Larrinaga, gran amigo de Zaragoza, alumno de su Universidad, dedicó a su mujer Isabel Clavero, una hermosa aragonesa de Albalate del Arzobispo; aquí también la fábrica de «Galletas Patria» y la Vaquería del Pilar, ambas en la Avenida de Cataluña, lo que antes decíamos «camino del Puente de Gállego»; en el paseo de Torrero, las casas de Vela, de Aramendía, de doña Cristina Herrero; el Sanatorio de Lozano, las casas de don Luis Aladréu, de don Baltasar Palomar, de Vargas, de Checa, de López Flores; de Eduardo Portabella, casa y talleres de litografía; en la plaza del Carbón, o de Salameo, una casa para Francisco Paraíso y Lasús y otra para Julián Garriga; en Albareda, 6, y en Bilbao, 7, otras dos para don Basilio Paraíso; en Soberanía Nacional, 2, casa de Cervelló; en Alfonso I, 43, casa de Guimerá; en Manifestación, 6 y 52, Barcelona, Virgós; en Cerdán, 2 y 6, Elena Gorriz, Calavia; en el Salón de Santa Engracia, para don Elías Navarro y doña Concepción Huarte-Mendizoa y Marín, números 28, 31; en la plaza de Aragón, tres hoteles; en la de San Miguel, 12, Aguas azoadas; 50, González Albelaida; en el Cementerio, los panteones de Górriz, Maynar, Moncasi, Portolés, Urgellés y el enterramiento de Joaquín Costa; en Alhama de Aragón, la Casa de la Villa; en Huesca, la ampliación del Instituto de Segunda Enseñanza; en Logroño, el Teatro de Bretón de los Herreros.

Es la profesión de arquitecto muy adecuada para enriquecerse, como colaborador muy valioso en operaciones de gran volumen de riqueza. Félix Navarro trabajó mucho, según resulta de las notas que proceden y de construcciones que aun quedan en pie, las más de las aquí referidas; vivió honestamente, modestamente; y murió pobre, 22 de junio de 1911, en Barcelona, donde accidentalmente se hallaba; hicimos él y yo juntos el viaje, en un vagón de tercera clase, hablando de arte todo el camino. Era él entonces arquitecto municipal de Zaragoza. De su linaje, la Arquitectura, que él amó mucho, se ha repetido ya en dos grados.

Exterior e interior del Teatro Pignatelli «Teatro de verano»

